

foro relucen todos igualmente, así las menores palabras que ella decía iluminaban su bello rostro. ¡Qué buen alivio para él, después de las brutalidades del viejo y rudo Sigismundo!

Los dos departían mano á mano, mientras la madre ponía la mesa.

— Nos acompañará usted á la mesa, Franz ¿eh? Delobelle ha ido á llevar la obra, pero volverá seguramente á comer.

¡ Volverá seguramente á comer!

La pobre mujer decía esto con cierto orgullo.

En efecto, después del fracaso de su arrastrada empresa, el ilustre comediante no comía ya fuera, ni aun las noches de cobro. El malhadado empresario director había comido tantas veces al fiado en su *restaurant*, que no se atrevía á volver por allá.

En cambio ningún sábado, ó sea día de cobro, dejaba de llevar consigo dos ó tres convidados famélicos é insperados, antiguos compañeros de la legua.

Así hizo su entrada aquella noche acompañado de un contador del teatro de Metz y de un cómico del teatro de Angers, ámbos á dos en disponibilidad.

El cómico, afeitado, rizado, arrugado como un pergamino al fuego, parecía un pillo redomado, sin decir por eso que lo fuera; el contador no sino parecía un descamisado.

El ilustre Delobelle los anunció pomposamente desde la puerta; pero la vista de Franz interrumpió la presentación.

— ¡ Franz!... ¡ Mi querido Franz! — gritó el comediante en són de melodrama, agitando el aire con manos convulsivas.

Después de un prolongado y enfático abrazo, presentó unos á otros sus convidados.

— Mr. Robricart, del teatro de Metz.

— Mr. Chaudezon, del teatro de Angers.

— Franz Risler, ingeniero empleado en Ismalia de Egipto.

En boca de Delobelle el título de ingeniero tomaba grandes proporciones; cuanto más con el aditamento.

Desiderata hizo una graciosa mueca al ver á los dos amigos de su padre, pues hubiera querido estar en familia un día como aquel. Pero el grande hombre no se curaba de estas bagatelas: hartó tenía que hacer por de pronto con desembarazar sus preñados bolsillos. Sacó ante todo un magnífico pastel *para las damas*, dijo, olvidando que las compró pensando en sí exclusivamente; sacó luego un salchichón de Arlés, castañas heladas, cerezas, las primeras, y no sabemos qué golosinas más.

Mientras el contador, entusiasmado á vista de ellas, hacía como que se estiraba el cuello de la camisa, operación excusada, si verdaderamente no la llevaba; mientras el cómico hacía exclamaciones de sorpresa dramática con ademán olvidado de los parisienses hacía ya diez años largos, pensaba con terror Desiderata en el estrago que esta improvisada comida iba á hacer en los recursos de la semana, ya escasos de suyo, y su madre revolvía el aparador con afanosa diligencia para encontrar el número de cubiertos suficientes.

La comida fué muy alegre: los comensales cómicos devoraban, á gusto y contentamiento de Delobelle, que revolvía con ellos antiguos recuerdos de profesión.

En una especie de jerigonza familiar, trivial, tuteadora, hubieron de referirse sus innumerables triunfos; porque, á oírlos, todos tres habían sido vitoreados, cargados de coronas y llevados en triunfo por pueblos enteros.

Hablando hablando, comían como comen los comediantes, sentados de medio lado, enfrente del público, con esa falsa prisa de los convidados de teatro ante

manjares de mentirijillas, y ese arte de alternar palabras y bocados, de buscar efectos manejando el vaso, acercando la silla, expresando el interés, la sorpresa, la alegría, el terror, con ayuda del cuchillo ó del tenedor.

La señora mayor los escuchaba sonriendo.

No en vano es una mujer esposa de un actor por espacio de treinta años, pues sin pensar en ello se va haciendo á los hábitos de este singular modo de ser.

Pero un ángulo de la mesa estaba separado, por decirlo así, de los demás convidados como por una nube que interceptaba las necias palabras, las groseras risotadas, las ridículas jactancias. Franz y Desiderata hablaban entre sí á media voz, sin oír nada de lo que se decía alrededor. Cosas de la infancia, anécdotas de vecindad, todo un pasado vago, que no valía sino por la comunidad de los recuerdos evocados, por la chispa común que subía á sus ojos, sólo esto daba asunto á su dulce y regalado coloquio.

Súbito se desgarró aquella nube y la terrible voz de Delobelle vino á interrumpir el diálogo.

—¿No has visto á tu hermano?— preguntó á Franz porque no pareciera que lo desatendía.—¿No has visto tampoco á su mujer? ¡Ah! Vas á encontrar toda una dama. ¡Si vieras qué lujo! Basta decirte que tienen un verdadero palacio en Asnières. Todo eso, amigo mío, nos aleja. Son ricos y desdeñan á los amigos. Ni una palabra, ni una visita. Por lo que á mi hace, me tiene sin cuidado esa conducta, como tú comprenderás; pero es verdaderamente ofensiva para estas señoras.

—¡Oh! papá — dijo Desiderata con viveza — bien sabe usted que nosotras queremos mucho á Sidonia para ofendernos por eso.

El protagonista dió con indignación un puñetazo en la mesa.

— Hacéis muy mal. No se debe querer bien á los que sólo procuran ofendernos y humillarnos.

Tenía aún sobre el corazón la negativa de los fondos, hecha á su proyecto de teatro, y por otra parte no quería ocultar su rencoroso enojo.

— Si tú supieras — decía á Franz — si tú supieras qué despilfarro hay allá!... Es una compasión: aquello no tiene piés ni cabeza. Yo que te estoy hablando, pedí á tu hermano una pequeña cantidad para labrarme un porvenir y asegurarle á él beneficios considerables. Pues me la negó rotundamente. ¡Pardiez! Lo que es la señora es demasiado exigente: monta á caballo, va á sus diligencias en carruaje y lleva á su marido al mismo paso que su cupé por el malecón de Asnières... Acá para nosotros, no creo que sea muy feliz el bueno de Guillermo. Esa mujer le hace ver lo blanco negro.

El ex-comediante acabó su perorata guiñando el ojo á sus dos compañeros y por un momento hubo entre ellos un cambio de gestos y señas de maliciosa significación.

Franz estaba aterrado. Á pesar suyo, la horrible certeza le llegaba por todas partes. Sigismundo había hablado á su manera, Delobelle á la suya: el resultado era el mismo.

Por fortuna se alzaron los manteles. Los tres actores se levantaron de la mesa y se fueron á la cervecería de la calle de Blondel. Franz permaneció con las damas.

Viéndolo junto á sí afectuoso y dulce, tuvo de pronto Desiderata un arranque de gratitud para con Sidonia: pensó la pobre que, después de todo, á su generosidad debía aquella apariencia de felicidad; y este pensamiento le dió ánimos para defender á su antigua amiga.

— No hay que creer, Franz amigo, todo lo que mi padre ha referido de Sidonia: el buen señor siempre

exagera un poquito. De mí sé decir que es incapaz ella de todo el mal de que se la acusa. Estoy cierta de que en el fondo su corazón es el mismo y de que aprecia siempre á sus amigos, por más que los desatienda un poco ahora. Así es la vida: nos separamos sin querer. ¿No es verdad, Franz?

¡Oh! ¡Cuán bella la encontraba Franz, mientras Desiderata le hablaba así! Jamás había observado en ella facciones más finas, tez más aristocrática; y cuando se retiró enternecido por la bondad y presteza con que había vuelto por Sidonia, por todas las encantadoras razones femeniles que había dado á la indiferencia y despego de su amiga, pensaba Franz Risler con un sentimiento de ingenuo y egoísta placer que aquella niña le había amado, que lo amaba acaso todavía y le guardaba en lo hondo del corazón ese lugar caliente, abrigado, á donde se vuelve como á un refugio cuando se tiene el alma herida.

Mecido toda la noche, en su antiguo aposento, por el movimiento del viaje, por el ruido de olas y de viento que sigue á las largas travesías, soñó en el tiempo pasado, con la niña Sidonia, con Desiderata, en sus juegos, en sus labores, en la Escuela Central, cuyo gran edificio dormía cerca de allí, triste y silencioso, en las oscuras calles del *Marais*.

Luégo que amaneció, como la luz que caía de las ventanas sin cortinas fatigaba sus ojos y le traía el sentimiento del deber y las preocupaciones del día, soñó que era la hora de ir á clase y que su hermano, antes de bajar á la fábrica, entreabría la puerta para decirle en són de reprimenda, cariñosa siempre:

— ¡Arriba, perezoso, arriba!

Aquella voz amante, demasiado viva y real para soñada, le hizo abrir los ojos enteramente.

Guillermo Risler estaba de pié, junto á su lecho, observando su sueño con adorable sonrisa, aunque un

tanto conmovido. Y la prueba de que era realmente Risler es que, en su júbilo de ver á su hermano Franz, no encontraba nada mejor que decir que su ingenua frase:

— Estoy contento... estoy contento.

Bien que fuera domingo aquel día, Risler, según su costumbre, había venido á la fábrica á darle vueltas á su invento aprovechando el silencio y la tranquilidad. No bien hubo llegado, cuando el tío Aquiles le dió la noticia de la llegada de su hermano y las señas de su posada. Con esto acudió allá gozoso, aunque sorprendido y un poco enojado por no haberle avisado de antemano, y sobre todo por haber buscado posada extraña, teniendo la propia en su casa.

— Bien, bien — decía Risler — pero ahora no te suelto, vas á venirte ahora mismo á Asnières. Comprenderás que no hay trabajo posible desde el momento en que has venido tú. Quien se va á sorprender es la chica... pero se alegrará de verte. Hablábamos tan á menudo de ti... ¡Qué alegría! ¡Qué dicha!

Y el pobre hombre no cabía de satisfacción en el pellejo, y aun estaba locuaz, con ser de suyo taciturno. Miraba y admiraba á su hermano pareciéndole que había crecido. Sin embargo, el antiguo alumno de la Escuela Central tenía ya á su partida buena talla. Sólo sus facciones se habían pronunciado, extendido sus hombros; había diferencia del mozo, al parecer seminarista que había partido dos años antes para Ismalia, al mocetón, al hombre hecho y derecho que volvía ahora.

Mientras el hermano mayor lo contemplaba, Franz por su parte, lo observaba á él muy atentamente, y encontrándolo siempre el mismo, tan ingenuo, tan cariñoso, tan distraído á veces, se decía:

— No, no es posible... no ha dejado de ser un hombre honrado y digno.

Entonces, pensando en lo que se atrevían á decir, toda su cólera se revolvió contra la mujer hipócrita y viciosa que tan descaradamente engañaba á su marido, que llegaba á darle apariencias de complicidad. ¡Oh! qué explicación tan terrible iba á tener con ella! ¡Con qué violencia iba á hablarle! ¡Prohibo á V., señora, óigalo bien, prohibole deshonrar á mi hermano!

En esto iba pensando por todo el camino, viendo desfilar los árboles á lo largo de los declives de la vía férrea de San Germán. Sentado enfrente de él, Risler mayor hablaba hasta por los codos, como suele decirse, sobre el fecundo tema de la fábrica y sus negocios. Habían ganado cada uno de los socios cuarenta mil francos el año anterior; pero sería otra cosa cuando funcionara la estampadora, la *impresora Risler*.

Y añadía:

— Una impresora giratoria, hermano Franz, giratoria y decágona, que puede dar, á una sola vuelta, la impresión de un dibujo de doce á quince colores, rojo sobre rosa, verde oscuro sobre verde claro, sin confusión, sin absorción, sin que un rasgo dañe á su inmediato, sin que un matiz embeba otro. ¿Comprendes bien, hermano? Una máquina, que será artista como un hombre, ni más ni menos... Es una revolución en papeles pintados.

— Pero, hermano — preguntó Franz un poco inquieto — has dado ya con tu invento ó andas tras él aún?

— ¡Si he dado con mi invento! Le he dado en el mismo corazón. Mañana te enseñaré todos mis planos. Y todavía he inventado de paso una *agarradora*, una mano automática para tomar el papel de las varetas del tendedero. La semana próxima he de instalarme en todo lo alto, en los desvanes de la casa para hacer funcionar secretamente, por mí mismo, la primera máquina. Es preciso obtener dentro de tres meses los privilegios de invención y que funcione públicamente

ya la estampadora. Ya verás, hermano, ya verás... esto será la fortuna de todos. Considera si estaré contento de poder pagar á esos señores Fromont algo de lo mucho que les debo. ¡Ah! Verdaderamente, Dios me ha colmado de beneficios en esta vida.

Y ya en este otro tema, púsose á enumerar todos estos beneficios. Sidonia era la mejor de las mujeres, y su amor lo hacía completamente feliz. Tenían una casa encantadora y estaban metidos en trato, en el gran trato social. Su esposa cantaba como un ruiñeñor, gracias á mistress Dobson, cuyo método era de lo más expresivo que había en el mundo musical. Esta mistress Dobson era también una buena señora. Sólo una cosa atormentaba al bueno de Risler, y era su enojo incomprensible con Sigismundo. Pero Franz le ayudará acaso á descifrar el enigma.

— ¡Oh! sí, yo te ayudaré, hermano — contestó Franz con los dientes apretados; y el rubor de la cólera le asomaba al rostro á la idea de que habían dudado de aquella franqueza y lealtad que se revelaba á sus ojos en su expresión espontánea é ingenua. Por fortuna, estaba allí ya el vengador, que iba á restablecer las cosas en su punto.

Entretanto, llegaban á la casa de campo, que Franz había ya visto desde lejos con su caprichosa escalera y sus azules y lucentes pizarras, pareciéndole hecha exprofeso para Sidonia, como verdadera jaula de aquella pajarita de vistosas plumas.

Era un *chalet* de dos pisos, cuyas vidrieras y cortinas forradas de rosa, se veían desde el camino de hierro.

El río corría por allí cerca, todavía parisiense, adornado de encinas, establecimientos de baños, grandes barcos y ligerísimos botes que amarrados á la orilla y llenos de polvo de carbón se estremecían á la más leve oleada. Desde sus ventanas podía ver Sidonia los fon-

dines ribereños, solitarios entre semana, y poblados el domingo de multitud abigarrada y bulliciosa, cuyas alegrías se mezclaban con el pesado batir de los remos y partían de ambas orillas en esa corriente de rumores, de gritos, de risas, de canciones que los días de fiesta sube y baja por diez leguas de agua.

Entre semana se veían por allí errantes hombres despechugados y ociosos, con sus sombreros de grosera paja, anchos y apuntados y su blusa de lana, y mujeres que se sentaban en la pisoteada yerba de los declives, mirando inactivas como las vacas en el prado. Todos los forasteros, los tañedores de arpas y organillos, los saltabancos de correría, se detenían allí como en un arrabal. El muelle estaba lleno de esta gente, y las casitas que lo rodeaban, abriéndose a su aproximación, dejaban ver blancas y mal ceñidas camisas, cabellos en desorden, pipas callejeras, gente que recordaba con pesar al inmediato París en aquellas trivialidades ambulantes.

Era triste y feo.

La yerba apenas nacida amarilleaba ya bajo los piés, el polvo era negro, y sin embargo, todos los jueves, la alta *cocotería* pasaba por allí para ir al Casino, con gran ruido de fragiles ruedas y aparato igual de postillones de alquiler.

Todo esto agradaba sobre manera á aquella empecatada Sidonia: luego, en su niñez, había oído hablar mucho de Asnières al ilustre Delobelle, que hubiera querido tener en aquel paraje, como tantos otros cómicos, una bella casita, adonde ir á solazarse en los últimos trenes de la mañana y de la noche después de la salida del teatro.

Todos los sueños de la niña los realizaba ya madama Risler.

Los dos hermanos llegaron á la puerta del malecón donde ordinariamente estaba la llave, y entraron atra-

vesando grupos de árboles nuevos. Por aquí y por allá, aparecían, como las diferentes partes de esos *chalets* suizos con que juegan los niños, la sala de billar, la casita del jardinero, el diminuto invernáculo... el conjunto muy ligero, apenas plantado en el suelo, en disposición de volar al primer soplo de quiebra ó de capricho: una quinta de traviata ó de bolsista.

Franz miraba en torno de sí, como deslumbrado.

En el fondo, sobre una escalinata rodeada de floridas macetas, abría el salón sus altas persianas. Una butaca americana y un velador donde estaba aún el servicio de café se veían junto á la puerta, y oíanse dentro acordes de piano y un murmullo de voces apagadas.

—Sidonia se va á sorprender— decía el bueno de Risler andando suavemente por la arena: no me espera hasta la noche... Ahora está dando su lección de música con mistress Dobson.

Y empujando con viveza la puerta, gritó, antes de entrar, con su acento de bonachón:

—Adivina quién me acompaña.

Sentado al piano, sola y señera, la sentimental mistress Dobson dió un gran repulso, y en el fondo del salón, tras las plantas exóticas que subían por encima de una mesa cuyo dibujo, al parecer, continuaban, Jorge Fromont y Sidonia se levantaron precipitadamente.

—¡ Ah! me has asustado— dijo ésta corriendo hacia Risler.

Los pliegues de su blanco peinador adornado de cintas azules, flotaron sobre la alfombra, y repuesta ya de su embarazo, vino con su amable sonrisa á abrazar á su marido y luégo ofreció la frente á Franz diciéndole:

—Buenos días, hermano mío.

Risler los dejó frente á frente y se acercó á su consocio, muy sorprendido de verlo allí.

— ¡Cómo, amigo mío! ¿aquí está V.? Yo lo suponía en Savigny.

— Sí, pero... ya verá V... He venido... pensaba que los domingos se quedaba V. aquí. Tenía que hablarle de cierto negocio y...

Y precipitadamente, enredándose en sus mismas palabras se puso á hablarle de una demanda importante.

Después de algunas frases insignificantes cambiadas con Franz, impasible, hubo de desaparecer Sidonia.

Mistress Dobson continuaba entretanto sus *tremolos* á la sordina, semejantes á los que en el teatro acompañan las situaciones críticas.

La verdad es que aquella era harto tirante. Sólo el buen humor de Risler alejaba toda violencia. Excusóse con su consocio, para ir á enseñarle la casa á Franz, y fueron, del salón á la caballeriza, de la caballeriza, á la cochera, á la cocina, al jardín. Todo era nuevo, reluciente, demasiado pequeño, incómodo.

Pero decía Risler con cierto orgullo:

— ¡Oh! ¡Hay aquí mucho dinero empleado!

Tenía empeño en que su hermano admirara la adquisición de Sidonia en sus menores detalles, y háciale observar el gas y el agua, cuyos conductos subían á todos los pisos, los llamadores perfeccionados, los muebles del jardín, el billar inglés, la hidroterapia... y todo esto con arranques de gratitud para con Jorge Fromont, que al asociarlo á su casa, le había puesto positivamente en la mano una fortuna.

Y á cada nueva efusión de Risler, Jorge Fromont se sustraía avergonzado, embarazado bajo la mirada singular de Franz.

El almuerzo careció de expansión.

Mistress Dobson tuvo que hacer el gasto casi ha-

blando sola, pero muy satisfecha de nadar en aquel maremagno de intriga novelesca, de enredo dramático. Sabiendo, ó más bien creyendo saber la historia de su amiga, comprendía la cólera sorda de Franz, antiguo amante, furioso de verse sustituido, la inquietud de Jorge turbado por la aparición de un rival; y alentaba al uno con una mirada, consolaba al otro con una sonrisa, admiraba el heroico sosiego de Sidonia, y revelaba todo su desdén para aquel abominable Risler, el fiero y bárbaro tirano. Sus esfuerzos se dirigían principalmente á no dejar que se estableciera al rededor de la mesa ese terrible silencio que escanden los tenedores de una manera tan mortificante como ridícula.

Levantados los manteles, manifestó Fromont su deseo de volver á Savigny, y Risler no se atrevió á retenerlo pensando en la soledad de Clara.

Con esto, sin haber podido cruzar una palabra con Sidonia, fué el amante á tomar el tren del medio-día, acompañado siempre del marido, que se empeñó en hacerle esta fineza.

Mistress Dobson se sentó un momento con Franz y Sidonia bajo una parra cuyos rosados botones comenzaban á brotar; comprendiendo luégo que estorbaba, volvió al salón, y como poco antes, cuando Jorge estaba allí, se puso á cantar al piano, á media voz y con toda su exquisita sensiblería. En el silencioso jardín aquella música ahogada formaba al través de las ramas como un arrullo de pájaro antes de la tempestad.

Por fin estaban á solas. Bajo aquella vida, aún desnuda, el sol de Mayo ardía bastante. Sidonia se protegía con la mano mirado á los pasajeros del malecón; Franz miraba afuera también, pero á otra parte, y los dos, fingiendo ser del todo independientes uno de otro, se volvieron simultáneamente en una conformidad de pensamiento y de gesto.